

LOS ESTUDIOS CLÁSICOS EN LENGUA CASTELLANA: SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS

Al abordar la cuestión de los Estudios Clásicos en castellano, nos encontramos frente a diversos repertorios de problemas. Nos proponemos tratar, en esta oportunidad, dos aspectos generales: la crisis que en este siglo sufren los Estudios Clásicos y los problemas de inserción de sus producciones escritas en castellano, en el circuito internacional del prestigio científico universitario.

No es mi intención tratar aquí la situación particular de los Estudios Clásicos en la República Argentina, que nos llevaría a relatos histórico-políticos, y a problemas enraizados en nuestra historia cultural e intelectual, con sus singularidades distintivas. Al respecto, baste decir que los Estudios Clásicos han tenido, en nuestras Universidades Nacionales, una tradición proporcionalmente extensa en el campo de las llamadas Humanidades, ligada especialmente al pasado hispánico y renovada en este siglo por inmigrantes no hispánicos de educación superior. Estas Universidades – históricamente las de mayor prestigio académico, ya que el desarrollo de universidades privadas es un fenómeno relativamente reciente – ofrecen, en su mayoría, cursos de lengua y cultura griegas y latinas. Muchas de ellas tienen Institutos y Centros de la especialidad, con publicaciones propias. En 1970 se fundó la Asociación Argentina de Estudios Clásicos, cuyas actividades más importantes han sido la organización de los Simposios Nacionales de Estudios Clásicos (bianuales) y la revista *Argos*, publicación anual de la especialidad. Todo se hace con importantes esfuerzos personales de los profesores pues la investigación ha sido, durante mucho tiempo, un desafío personal y privado más que un empeño institucional y público.

El rumbo seguido por estos estudios en nuestro país y los problemas afrontados no pueden aislarse de una situación general. Creemos que se ha vuelto operativo el tratamiento de los problemas comunes, que reclaman ajustes en la intercomunicación y, probablemente, la creación de nuevas organizaciones, más simples y flexibles, desburocratizadas y operativas que nos ayuden en la presentación efectiva de los hablantes hispanos como comunidad científica internacional, con incidencia verificable en los escenarios académicos de alta calificación.

No ignoro que nos encontramos en presencia de regiones extensas y plurilingüísticas, en las que conviven lenguas distintas (portugués, catalán, vasco, etc.) para las que es indispensable reclamar un espacio expansible. Pero también es necesario tener en cuenta que existe un público universitario lector, una audiencia y un imperativo editorial de importancia decisiva, en las actuales condiciones de la investigación, a la hora de adjudicar autoridad científica. ¿Qué posibilidades proporcionales de ser citada internacionalmente tendrá una obra crí-

tica sobre temas Clásicos escrita en castellano, frente a una escrita en inglés? ¿Y a cuánto descenderá esta proporción si se escribe, por ejemplo, en vasco?

Sabemos que, en un gran número de casos, la diferencia no está en la calidad de los contenidos, sino en la calidad de la publicación, en el prestigio del sello editorial y en las más o menos ventajosas condiciones de distribución y comercialización. Si ciertas publicaciones no se pueden pensar en nuestro país por lo elevado de sus costos, y no es posible hacerlas en España, donde imperan mejores condiciones editoriales, entonces estaremos obligados, sin duda, a abandonar el castellano y a engrosar las listas de científicos norteamericanos, ingleses o italianos, ya que nadie llegará a saber siquiera que somos argentinos o venezolanos. De este modo, pues, ingresar de lleno en el escenario internacional parece tener como condición, ni más ni menos, que el abandono de nuestra propia lengua.

Retomando, entonces, estas cuestiones generales me limitaré a referir brevemente sólo los aspectos centrales del problema, ya que entendemos que esto es algo que está lejos de resultar novedoso.

Con respecto a la situación general de los Estudios Clásicos, nos parecen particularmente esclarecedores los análisis de Karl Galinsky que hemos publicado en el número 2 (1997) de *Auster* porque tienen interés para nuestros lectores, en su mayoría profesores de Clásicas. El ataque hacia cierta "ideología" de los Estudios Clásicos y el progresivo e insistente rechazo del estudio de la Antigüedad, encontraron a los intelectuales de Clásicas con pocas y eficaces respuestas. Medio siglo atrás, nuestras universidades descansaban todavía en el indiscutido privilegio de sus Estudios Clásicos y, con cierta arrogancia, pocas veces prestaron atención a las críticas y cuestionamientos que se desestimaban como bastos productos de la ignorancia o la necesidad. Clásicas en el bachillerato, varios niveles de Clásicas para las carreras llamadas "humanísticas", Clásicas para todo el mundo; esto era tan natural como que los peces nadan en el agua o que las gallinas pongan huevos.

En tal sentido, y si bien el caso presenta aspectos complejos que no intentamos simplificar, consideramos acertadas las afirmaciones del profesor Galinsky en el citado estudio, al señalar que no hubo una reflexión consistente y una respuesta orgánica para las nuevas corrientes que ocupaban la escena crítica de las literaturas contemporáneas. Así, los Estudios Clásicos, y especialmente los estudios sobre la cultura romana, quedaron a la retaguardia, tratando de alcanzar con no gran éxito las hermenéuticas de moda, de manera desordenada, aislada e incluso incongruente.

Lo que faltó en nuestro país –y según parece en muchos otros lugares- fue una auténtica renovación interna, análoga a la ocurrida en el estudio de las literaturas modernas. En este último caso, y debido al privilegio del que gozaron los

escritores de los siglos XIX y XX, las nuevas hermenéuticas surgieron de ejercicios interdisciplinarios de análisis que sólo en un segundo momento se constituyeron en teoría general, esto es, lo dicho acerca de un repertorio de textos o autores adquirió un carácter más extendido y abstracto hasta convertirse en la teoría de tal o la teoría de cual.

En nuestros ámbitos disciplinares, la escasez de respuestas en las generaciones mayores, que se han aferrado muchas veces a la concepción decimonónica de la disciplina, llevó a los Clásicos de los '60 a correr detrás de las teorías, buscando *aplicar* metodologías de las literaturas contemporáneas al estudio de textos Clásicos, en un afán de mostrar que también el estudio de la literatura antigua podía remozarse. Esto tuvo el innegable beneficio de sacar del sopor hermenéutico a los Estudios Clásicos y obligar a sus estudiosos a una atención más intensa —e incluso dramática— a los aspectos metodológicos de la investigación. Se sumergió, pues, este estudio en el psicologismo, el estructuralismo, la semiótica, la sociología y las teorías del discurso o la estética de la recepción; pero, junto con estos movimientos renovadores, sobrevino una grave crisis de audiencia. Veamos un poco esto.

El tradicional estudio filológico-literario tomó un rumbo microscopista y concluyó analizando el detalle de un detalle. Este material, como sabemos, se fue volviendo progresivamente más inútil para los estudiantes. Hemos visto, por ejemplo, estudiantes que podían saberlo todo de una oda de Horacio, e ignorar casi por completo la oda siguiente o la anterior de un mismo libro. O los que conocen una Égloga de Virgilio e ignoran las nueve restantes. En general, basta echar una ojeada a los índices de revistas de la especialidad para constatar el fenómeno. Por otra parte, quienes se internaron en la terminología habitualmente barroca de la crítica contemporánea, han producido estudios sembrados de tecnicismos abstractos que ciertas veces rozan lo esotérico.

A esto se unió otra práctica, muy bien señalada por el Dr. Pociña en el XVº Simposio Nacional de Estudios Clásicos (Mendoza – Argentina, 1998): el estudio de los “olvidados”, algo sencillo de justificar, dado que siempre es atendible la noble empresa de corregir la negligencia de la crítica, trayendo a nuestros días escritores que la memoria colectiva, ciertas veces con buen tino, decidió no retener. Esto último ha ofrecido una buena ocasión de refutar la limitación del “*corpus* cerrado” que se atribuye a las literaturas antiguas frente al beneficio de lo nuevo y de lo periódicamente actualizado, en este caso por el trámite de “redescubrimiento”. Así, nuestro campo de estudios es capaz de un crecimiento análogo al de las literaturas nacionales, aunque ofrezcamos algunas veces la impresión de ser clientes del cementerio y profanadores de tumbas.

Entiéndase bien: no hablamos de una falta de interés o productividad en este tipo de estudios, especialadísimos o centrados en textos casi ignotos, que son de consulta obligada para hacer tesis doctorales o investigaciones. Creemos

que la dificultad se encuentra en la progresiva reducción del número de lectores interesados y habilitados para sacar efectivo provecho de estudios de este tipo.

Estas formas hermenéuticas suelen dejar sin diálogo a la audiencia y es una realidad que vivimos como experiencia demasiado reiterada de congresos, jornadas y simposios: la del silencio del auditorio al final de las lecturas, cuando ninguno sabe qué preguntar acerca de los vocalismos dialectales en un poema griego, o de la variedad de instancias abductivas en elegías latinas. Incluso muchos se terminan preguntando si vale la pena empeñar demasiado tiempo y memoria en conocer estos aspectos de la literatura antigua.

Parte de lo mismo son –estamos obligados a decirlo– los estudios intertextuales que rastrean la presencia de las culturas griega y latina en escritores contemporáneos. Por muy científicamente sólidos y dignos del mayor interés que resulten, rara vez inciden en el espectro crítico de los autores modernos. Y es que estos estudios pocas veces cumplen el ciclo de la transmisión, ya que no hay muchos colegas dedicados a las literaturas nacionales o a las teorías literarias con buena disposición para incorporarlos. Por otra parte, la nueva imagen angloamericana del estudiante-cliente en términos de *marketing* obliga a atender la creciente demanda de cursos sobre literatura, mitología, historia, artes de la antigüedad que profundicen mínimamente el estudio de las lenguas griega y latina, o que incluso lo soslayan recurriendo exclusivamente a traducciones, trámite completamente legítimo de acceso a los conocimientos cuando no se tiene el interés de alcanzar una especialidad, sino de acceder a un sector referencial de la cultura y adquirir información acerca de sus producciones.

Cabe preguntarse, entonces, qué tipo de intercomunicación estamos llevando a cabo, cuando los que debieran escucharnos no se interesan por lo que decimos. En teoría, toda convocatoria hecha para estudios intertextuales, en particular bajo el rubro de las relaciones antiguos-modernos, debería dar lugar a un fructífero diálogo entre estudiosos de la literatura, la historia, la filosofía, etc., en sus distintos aspectos, épocas y modalidades de incumbencia, con un correlativo enriquecimiento de ambos sectores que intercambian conocimientos e inauguran campos hermenéuticos en los que seguir haciendo buenas cosechas. En la práctica, - y aquí me referiré particularmente a nuestros medios universitarios argentinos, aunque sabemos que resulta igualmente válido para algunos centros norteamericanos - nadie asiste a una fiesta en casa ajena, aunque siempre se espere que a la propia casa asistan de buen grado gentes de otras regiones, que sienten, por su parte, que se los invita a un picnic en una jaula de leones. Tampoco se puede decir que la concurrencia de los profesores de clásicas a congresos de otras áreas disciplinares sea significativa. En el último Congreso Nacional de Filosofía llevado a cabo, en 1998 en la Universidad Nacional de La Plata, sobre alrededor de 200 comunicaciones consignadas, la representación de filólogos Clásicos – griego y latín – no alcanzó un tres por ciento. Las relaciones se man-

tienen igual cuando se trata de congresos de lingüística, de teoría y crítica literarias, o de antropología. Correlativamente, nuestros congresos de Clásicas pocas veces interesan efectivamente a colegas de otras disciplinas y año tras año vemos disminuir la participación de personas ajenas a la especialidad, e incluso ya puede afirmarse que más del setenta por ciento de los trabajos presentados en nuestros congresos corresponden a graduados en Letras -i.e. literatura-.

Hasta aquí nos hemos referido a problemáticas generales de los Estudios Clásicos. Pasaremos de inmediato a la segunda cuestión. ¿En que situación nos encontramos los filólogos de habla castellana?

En primer lugar se deben tener en cuenta los problemas ya esbozados. Aquí queremos consignar la retracción del castellano como lengua "científica" que lo ha alejado, en términos generales, de las posibilidades protagónicas en el escena internacional. El fenómeno no puede, sin duda, desligarse del estallido de la industria editorial en los países altamente tecnificados y de las especiales condiciones sociopolíticas españolas, en particular del siglo XX. Con escasa reciprocidad, nuestros estudiosos hispanoamericanos se lanzaron al estudio de la bibliografía alemana, inglesa, francesa e italiana, ya que sus respectivos países, en la retaguardia de las revoluciones tecnológicas, han resultado tener - al menos hasta mediados de siglo - reducidas oportunidades de ingresar en el gran mercado de la compraventa de producciones intelectuales. Consecuentemente, estos países se suponen de inferior calificación, en general, para interpretar el pasado clásico. En nuestro país, las tesis doctorales de Clásicas que admiten la calificación de "serias", en especial las que tratan sobre autores estrictamente "Clásicos" (griegos y latinos), presentan no más de un cinco por ciento de bibliografía en lengua castellana, si es que llegan a tal proporción, cosa que por lo general no ocurre. Parece extraño, porque, paralelamente, el castellano ha tenido una significativa expansión en América del Norte y en muchos casos se ha necesitado recordar a los ciudadanos que el inglés es la lengua oficial obligatoria. Sin embargo, la visión de la situación socio-económica de esta expansión ofrece una perspectiva no demasiado alentadora, al menos de momento. Suele tratarse de una multitud deprimida económica y culturalmente, que es masa de trabajo y servicios, cuando no resulta mano de obra para negocios marginales. En tales medios, quienes busquen destacarse en la profesión, seguramente se verán impulsados a escribir en inglés para ser aceptados en el orden internacional (y en el nacional en los EEUU).

La interminable producción de los países altamente industrializados nos ha anonadado con la autoridad de lo impreso. En este abigarrado panorama, la perspectiva del investigador hispano es dura: en cualquier trabajo que emprenda, tendrá que vérselas con una opulenta bibliografía que lo obligará a empeñar un tiempo probablemente más extenso que el que dispongan sus colegas ingleses o alemanes para cubrir el piso requerido de información. No puede evitarse,

entonces, la pregunta acerca de qué estamos haciendo cuando nos entregamos al voraz consumo de bibliografía prestigiosa en lenguas extranjeras. Como parte del problema, incluimos aquí las importantes dificultades que existen, en los países sudamericanos, de acceder a tal información, lo cual significa que al tiempo mencionado de incorporación de esta información, habría que añadirle otro quizás aun más largo de obtención de los materiales exigidos por el imperativo de la erudición. Cumplido esto, los resultados suelen ser poco reconfortantes, si se excluye la tranquilidad de conciencia de estar al tanto de todo. ¿Cuánto de lo leído representa un auténtico progreso en el conocimiento? ¿Cuántos estudios nos han significado, sencillamente, una pérdida de tiempo? No es posible ignorar que mucha de la bibliografía circulante responde a la necesidad del trabajo universitario de publicar anualmente cierta cantidad de material científico, y de justificar años sabáticos o subsidios especiales. En este punto, citaremos las observaciones de Steiner que, más de una década atrás, presentaba el problema en estos términos:

“En el plano de la interpretación y valoración crítico-académica, el volumen del discurso secundario desafía cualquier inventario. Ni siquiera el ordenador y el banco de datos electrónicos son capaces de enfrentarse a él. No hay bibliografía que esté al día [...] En el terreno de las “humanidades” – una rúbrica general que tomaré para abarcar la literatura, la música y las artes, junto con la totalidad de los argumentos hermenéuticos y normativos a que dé lugar-, la enumeración raya en lo grotesco [...] Sólo en el campo de la literatura moderna, se calcula que las universidades soviéticas y occidentales registran unas tres mil tesis doctorales por año ... Cuando se trata de figuras importantes u obras mayores, la “cobertura” –palabra sugerente– interpretativa y crítica desafía cualquier listado [...] Se ha estimado que, desde fines de la década de 1780, se han producido sobre los verdaderos significados de *Hamlet* veinticinco mil libros, ensayos, artículos, tesis doctorales y contribuciones a coloquios críticos y especializados [...] Unos treinta y cinco congresos especializados se celebraron con ocasión del centenario de Víctor Hugo en 1985. Sus actas están en curso de publicación¹

Estamos, como hemos dicho en otra parte, sumergidos en el papelerío, activado más que suplantado por la inserción en los medio informáticos. Lo que en otros sectores sociales se traduce de modo más inmediatamente material (consumo de productos electrónicos, vestimenta, automotores o alimentos), en los ámbitos académicos ha llegado a ser un consumir bibliográfico más angustiante,

¹ G. STEINER, *Presencia Reales*, Barcelona, 1989, pp.38-40. (traduc. castell.)

sutil e insatisfecho. Abrumados por las ediciones, los interminables comentarios que se condenan, se redescubren y se generan, los miles de volúmenes sobre generalidades y particularidades de textos y autores, discusiones, refutaciones y aclaraciones, y sumergidos en el caótico reino de la opinión, nos esforzamos por estar al tanto, por no quedar aislados de estas corrientes donde las argumentaciones van y vienen sin punto de reposo ya que en el reino de la *doxa* nunca hay última palabra.

Como puede verse, hemos intentado resumir aquí nuestra situación general y algunos de los problemas centrales que se nos presentan. A partir de lo dicho, nos resta considerar cuáles pueden ser nuestras posibilidades para el futuro, más allá de las diferencias internas que existen entre los distintos países de habla hispana.

Arriesgamos algunas hipótesis acerca de cuáles podrían ser los sectores de incremento productivo:

1. Necesidad de introducir una presencia consistente en la cultura de masas captando el interés, si no por los Estudios Clásicos, al menos por la lectura de textos y estudios generales de la cultura grecolatina. En la relación piramidal de menor especialización – mayor extensión / mayor especialización – menor extensión de lo producido en Clásicas, con frecuencia hemos puesto el empeño más en la cúspide que en la base, situación riesgosa por cuanto puede conducir a juicios negativos generalizados acerca del interés de lo que hacemos. A propósito de esto, citamos dos observaciones de Galinsky:

... otro resultado, y de ningún modo inevitable, de aplicar la teoría moderna a la poesía griega y romana es el hecho de que las discusiones se han vuelto muy esotéricas y abstractas. Ahora bien, para mí, de nuevo, esto no es un signo de inteligencia o sofisticación superior. La dicotomía que veo en los Estudios Clásicos, y especialmente en la investigación sobre literatura griega y romana, es que la mayoría de las discusiones eruditas - tal como las filológicas del siglo XIX - están muy alejadas de las necesidades de los lectores comunes, incluyendo los numerosos estudiantes no-especialistas en nuestros cursos de lectura. Hay muy pocos ensayos o libros legibles, por ejemplo, que puedan recomendarse a los profesores de Latín de la escuela secundaria que quieren discutir Virgilio en sus clases. No nos podemos dar el lujo de perder contacto con los ciudadanos y lectores extra-académicos².

después que terminó la 2ª Guerra Mundial, tuvimos un gran número de estudiantes, ex-soldados, buscando una educación, y re-

² K. GALINSKY, "La situación de los Estudios Clásicos en los Estados Unidos", *Auster* 3, 1997, 16-17.

sultó claro que fueron necesarios nuevos programas y no precisamente la instrucción rutinaria. No había razón para insistir en que alguien, que estuviera interesado en las obras de los autores griegos y romanos, o en la historia griega y romana, tuviera que conocer Griego y Latín. Estos cursos, entonces, eran cursos de educación general para no especialistas y, como ustedes saben, la mayoría de la gente en este mundo no es especialista en filología griega y romana. Como se pueden imaginar, hubo alguna resistencia, también, a este cambio; muchos profesores de clásicas prefirieron enseñar a un pequeño número de estudiantes en cursos de Griego y Latín y denunciaron que estaba sacrificándose el nivel en los cursos que no requerían ni Griego ni Latín. Pero tenemos que ser realistas: si los departamentos de clásicas no hubieran ofrecido tales cursos, la mayoría de los departamentos de clásicas no existiría y los Estudios Clásicos serían tan marginales como los estudios hititas o asirios³.

2. Incremento de la producción de libros en castellano, sea de buenas y actualizadas traducciones, sea través de estudios científicamente idóneos que, no obstante, puedan incorporar lectores universitarios no especializados.

3. Organización de los especialistas hispanos en redes laxas y ágiles de comunicación, con compromisos no sólo institucionales sino también personales y particulares, en atención solidaria a problemas que se susciten, propiciando las acciones en común y los emprendimientos internacionales. Sin duda, la existencia de Internet puede facilitar la discusión y la búsqueda de consenso para proyectos que se diseñen, pero creemos en un uso selectivo y eficaz de estos medios. Las listas de discusión, por ejemplo, deben significar un medio eficiente de transmitir información, separándose las áreas de intereses a fin de que los participantes no gasten tiempo y terminen cansados de recibir, en sus computadoras, noticias triviales y carentes de toda relevancia. Debería pensarse, en tal caso, en una sección de consultas léxicas, gramaticales y sintácticas, una sección de consultas y comentarios bibliográficos, otra de cuestiones laborales, etc. Pero el problema con estas listas es que no obligan a sus participantes a la intervención, ni los involucran en modo alguno. El anonimato, en este caso, deja librado al interés del participante el aparecer o no aparecer en la cuestiones que eventualmente se traten. Quizás pudiera pensarse en una especie de corporación internacional con cabeceras regionales que centralicen la información particular y tengan la capacidad de organizarla, pudiendo, llegado el caso, planear acciones en común.

4. Generación de equipos multinacionales de traducción de textos grecolatinos, que incluso posibiliten el uso de una *koine* castellana, teniendo en cuenta las variantes regionales del idioma.

³ K. GALINSKY, Op.cit., 13-14.

Sin duda, éstas son sólo una pocas y discutibles posibilidades, pero están puestas como invitación a la imaginación de cada estudioso, ya que, en instancias de necesidad, se vuelve imperativo el ingenio - del que no carecemos - para inventar nuevas, fértiles y atractivas formas para nuestro trabajo.

Dra. Lía M. Galán
Universidad Nacional de La Plata